

La nieta de Pushkin

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Ronaldo Menéndez, *La nieta de Pushkin*
Primera edición: julio de 2020

ISBN: 978-84-8393-276-6
Depósito legal: M-8361-2020
IBIC: FYB

© Ronaldo Menéndez, 2020

Representado por la Agencia Literaria Dos Passos

© De la ilustración de cubierta: Natalia Lasso, 2020

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2020

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Ronaldo Menéndez

La nieta de Pushkin



ÍNDICE

El viajero inmóvil	11
Al diablo con Borges	21
El viaje más largo	41
Causalidad.	51
Lejos de Saint-Nazaire	63
Una muchedumbre de conejos muertos	71
La nieta de Pushkin.	77
Rajastán express	95
La viajera inmóvil.	129
Epílogo: un viaje en sentido contrario	141

Para Yolanda, vigía ahora inmóvil, mis viajes secretos

EL VIAJERO INMÓVIL

—PIPO, A VER SI ME AYUDAS a arreglar el tejado, que vienen las lluvias y puede haber filtraciones.

Ese que acaba de hablar es mi padre, «Pipo» soy yo. Y todavía no he emprendido este viaje de catorce meses alrededor del mundo, ni mucho menos me he imaginado a través del desierto del Rajastán en una caravana de camellos con Tere y Erika. ¿Qué hago aquí en Cuba, si ya no vivo en la isla? Natalia y yo hemos decidido que antes de perdernos durante el año siguiente estaremos dos meses en Cuba, en casa de mis padres. No sé cuánto ha profundizado Natalia en este hecho, o si solo ha querido complacerme porque le parece razonable que acompañemos a mis viejos durante dos meses ante la inminencia de un gran viaje.

No los echo de menos, o al menos no de esa manera en que los padres añoran a los hijos cuando se empiezan a asomar a la vejez y los hijos viven en *otra parte*. Pero desde aquellos días en que rocé por primera vez la posibilidad de un exilio sin retorno, mi terror ha sido que uno de los

dos se muera y yo no pueda estar cerca en ese momento. Vivir con ese miedo es lo mismo que vivir con una culpa, y aunque estoy seguro de que Natalia no lo ha pensado de ese modo (esas cosas no pueden pensarse), sé que intuye que estos dos meses con mis padres son el alivio que necesito para poder irme a recorrer el mundo.

Es rara la condición del viajero en cuanto a la relatividad del espacio, y por tanto del tiempo. Dentro de dos meses, cuando me vaya, mis padres seguirán aquí, en esta vieja casa del barrio de Buenavista, inmóviles. Y mi tiempo será el del movimiento más delirante, el tiempo de las fundaciones, los descubrimientos y la aventura. Sin embargo, para ellos que se quedan aquí, se duplica mi lejanía: ya no solo estaré exiliado, sino que estaré viajando sobre ese exilio, haciendo *no sé qué cosas* que mis padres apenas podrán imaginar. De modo que los habré obligado a sentir doblemente su inmovilidad. Nunca se han subido a un avión, nunca han salido de Cuba, y mientras viaje estarán pensando: *Por dónde andará él ahora, ¿estará bien?* No importa que les dé noticias, ellos siempre estarán preocupados.

—Pipo, ¿me ayudas con el tejado?

Mi padre siempre ha practicado dos o tres rituales de comunión, y uno de ellos es reparar el dichoso tejado. Cada vez que regreso a Cuba se las arregla para estar preocupado por las filtraciones. O con algún huracán que puede pasar dentro de tres meses. El caso es que no me libro de la siguiente trama: primero, disponemos su vieja carretilla (mi padre ha sido obrero de la construcción) en medio del patio. Después tomamos eso que en Cuba llaman «jibe», y se trata de un rectángulo de madera tosca con una tela metálica que permite colar la arena y el cemento en seco, antes de acometer la elaboración de la mezcla. Sobre la

carretilla cernimos el material, agregamos agua, y mi padre siempre me explica las proporciones necesarias para hacer la mezcla, que olvido al instante. Una vez elaborado el amasijo, procedemos a subir un par de cubos de mezcla al tejado. La tarea es ardua y arriesgada: mi padre sube primero a través de un murete que él mismo ha construido, y de ahí yo le alcanzo los cubos de mezcla y noto cómo se me despellejan las palmas de las manos y mi caja torácica está a punto de reventar. Mi padre, flaco y con casi ochenta años, aunque se lleva la peor parte, la de descolgar su brazo para agarrar los cubos desbordados de mezcla que yo le alcanzo, lo hace como si alzara ligerísimas y enormes farolas chinas de papel de arroz, sin derramar una gota de mezcla. Y a él no se le despellejan las manos porque trabaja en esto desde los catorce años: si alguien quiere conocer la historia de cierto tipo de hombres, está escrita en la aspereza de las palmas de sus manos.

—¿Qué, le metemos mano ya? —me dice esperanzado.

Está intranquilo. Desde que tengo uso de razón lo he visto despertarse todos los días poco antes de las cinco de la madrugada, primero para ir a trabajar al Ministerio de la Construcción, y luego, cuando por fin se jubiló, para trabajar en el patio de esta casa que él mismo levantó ladrillo a ladrillo. No le gusta dormir mucho, dice que es cosa de vagos. Es como si siempre hubiese sabido que a él nadie iba a jugársela, que mientras esté vivo va a dormir el menor tiempo posible porque eso de dormir es como estar un poco muerto. No para en todo el santo día. Va de cortar tallos de plátano, a preparar compost para los tomates que va a sembrar, o dando pico y pala al fondo para abrir un hueco y sembrar no sé qué arbusto que en un rato irá a cargar él solo desde la casa de un vecino que vive en el otro extremo

del barrio. Nunca ha tenido suerte con su huerto: se pasa la vida sembrando y regando desde que se jubiló hace diez años y aún no ha cultivado nada. Cuando no es por culpa del exceso de lluvias es por la sequía, y si no, aparece alguna plaga endémica del Caribe que se come sus plantas en cuestión de horas. Pero nunca va a dejar de sembrar ni levantándose a las cinco de la madrugada, y le sienta de maravilla porque siempre se está riendo, como si quien se sembrara por dentro fuera él.

Pero ahora, por primera vez en muchos años de regresar a Cuba, me fastidia tener que ayudarlo con la «reparación del tejado». Para empezar, el tejado no está deteriorado, ni cuarteado ni ningún otro término urgente. Mi padre lo sabe y no se atrevería a negarlo, es un tío que ante todo pregona «la verdad». Se trata de una «reparación preventiva», o sea, la de usar el tejado como pretexto para, ya que estoy aquí, comulgar como lo hacen dos camaradas al calor del trabajo. Y sí que hace calor: aunque son las diez de la mañana ya estamos por encima de los treinta y ocho grados. Y esta vez me fastidia mucho tener que dejar lo que hago para treparme a sudar como una bestia en el maldito tejado.

¿Qué hago? Lo que hacen los escritores: escribir recién duchado en el portátil que me he traído de Madrid para «trabajar» mientras le doy la vuelta al mundo. Quiero narrar cada una de mis hazañas.

Suelo imponerme pautas de ritmo de trabajo y fechas de entrega de textos, y con los plazos me comporto como si yo fuese mi propio tirano, que de tanto hostigarme y ser inflexible, pretendo que me harte y un buen día decida renunciar a mi oficio de escritor, y ahí te quedas, Literatura, por culpa de ese tirano que soy yo mismo. Ahora me he propuesto terminar, en los dos meses que me quedan en